

*De la Torre Villar:*

# La importancia de llamarse Ernesto

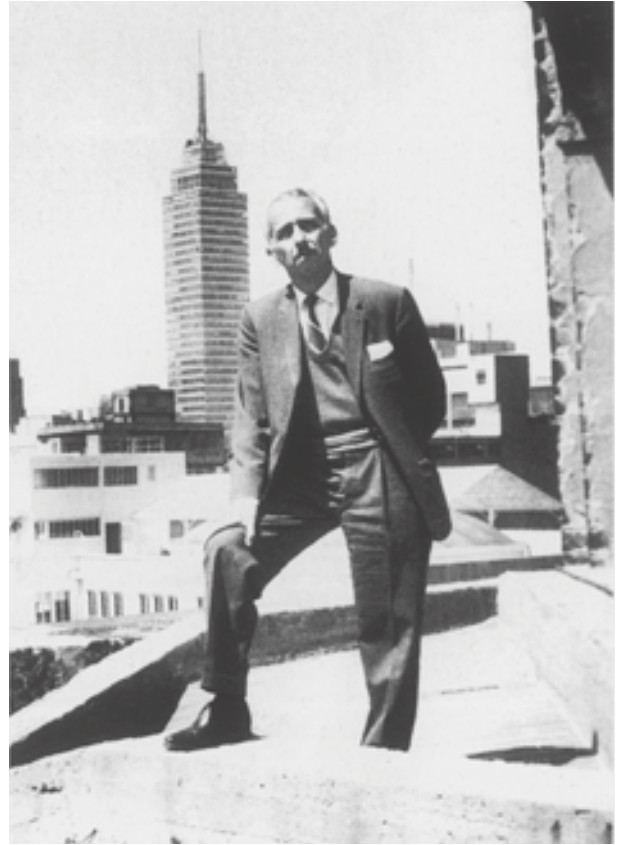
Vicente Quirarte

*El pasado 24 de abril tuvo lugar, en el Instituto de Investigaciones Históricas, un homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar, Investigador Emérito y maestro de numerosas generaciones, con motivo de su cumpleaños número ochenta y nueve. Participaron Alicia Mayer, Álvaro Matute, Miguel León-Portilla, Josefina Muriel, Andrea Sánchez Quintanar y Vicente Quirarte, quien se refirió a la persona, a la obra de don Ernesto y particularmente al libro, presentado en esa ocasión, De la vida y trabajos. Homenaje a Ernesto de la Torre Villar.*

Cuando Ernesto de la Torre Villar sale de impartir su clase en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, dar una conferencia o presidir un examen profesional, nunca se dirige directamente al coche que lo conducirá a su casa en Olivar de los Padres, donde tantos trabajos ha fechado. Un impulso superior lo lleva a revisar las tentaciones que, diseminadas por el suelo, ofrecen los siempre heroicos y necesarios vendedores de libros usados. Curioso y concentrado, repasa títulos, cubiertas y encuadernaciones con asombro y apetito infantiles. Con la diferencia adicional de que, al contrario de los niños, en caso de encontrar algún nuevo juguete, de inmediato habrá de compartirlo.

Edmundo O’Gorman, que no era pródigo en elogios, dijo en una ocasión que Ernesto de la Torre era un sabio. Lo es tanto de modo sustantivo como adjetivo, pues no todos los hombres cultivados son sabios ni todos los sabios merecen ser llamados hombres. Si hubiera que resumir en una fórmula el secreto de su obra rica y generosa, éste se hallaría en su capacidad de verdadero maestro que utiliza las palabras para construir y modelar, para hacer del mundo un lugar más habitable.

*Elogio y defensa del libro* es el título que don Ernesto dio al discurso de Juan Bautista Valenzuela Velázquez. Elogio y defensa son la divisa de una existencia que en el servicio a los otros ha encontrado su satisfacción ma-



yor. El verdadero elogio constituye una defensa, y una defensa justificada basta para hacer brillar al sujeto de nuestro elogio.

La escritura de Ernesto de la Torre es la de un hombre feliz, lo cual no significa que no se haya visto enfrenteado a las tinieblas y caídas que corresponden a un varón de su linaje. Su vida y su obra son las de un hombre feliz porque se ha dedicado a fomentar el conocimiento en los otros. Cada una de sus páginas es una búsqueda de la luz y se dirige hacia el desciframiento de la criatura humana. Fue un director ejemplar de la Biblioteca Nacional porque hizo comprender a propios y ajenos que la bibliografía es un arte mayor y porque dedicó gran parte de su energía a que la riqueza contenida en nuestra institución fuera accesible y tuviera un cuerpo de investigadores y bibliotecarios que se dedicara profesionalmente a semejante tarea, como lo demuestran, tanto en los textos dedicados a don Ernesto como en sus propias investigaciones, sus antiguos alumnos y ahora colegas Tarsicio García Díaz, Margarita Bosque, Silvia González Marín, Ignacio González-Polo, María Rosa Ávila y Francisco Ziga.

En sucesivas ocasiones, don Ernesto se ha referido a la manera en que sus discípulos lo han formado. El libro titulado *De la vida y trabajos* es una forma de agradecer sus lecciones. Reúne los trabajos presentados en el homenaje organizado por la Facultad de Filosofía y Letras, el Instituto de Investigaciones Históricas y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, ámbitos todos donde

ha dejado su huella, sembrado discípulos y dado ejemplo de su infatigable entusiasmo.

El volumen está enriquecido por un conjunto de fotografías, proporcionadas por él y por sus alumnos, que integran una verdadera biografía en imágenes. Una lo registra en la cima de su amada Biblioteca Nacional en San Agustín, el mismo lugar donde el barón de Humboldt determinó la altura de la Ciudad de México y Pietro Gualdi representó el prodigio de su arquitectura amplificado por la inverosímil transparencia del aire; en otras aparece en compañía de colegas y funcionarios. Sin embargo, de todas preferimos aquellas donde se encuentra con sus alumnos, ya en una actividad académica, ya en ambientes más relajados. Estoy seguro de que todos conservamos alguna imagen no guardada por la cámara fotográfica y sí por nuestro recuerdo.

Hasta donde la memoria me alcanza, el maestro De la Torre fue siempre para mí don Ernesto, desde aquellas ocasiones en que tuvimos el honor de tenerlo como invitado en nuestra casa, pues nosotros éramos *centrícolas* por nacimiento —la expresión es de José Joaquín Blanco— así como él lo era por legítima adopción, pues gran parte de su vida diaria transcurría entre los muros de San Agustín. Mi niñez inexperta e irresponsable no podía sospechar que ese caballero algún día habría de recibirme en su casa de Olivar de los Padres para darme su sabia y sincera opinión sobre el futuro inmediato del Instituto por él fundado y que me honra dirigir porque lo tuvo a él como dignísimo director. Ese 1967 antes

citado, año en que la Biblioteca Nacional celebró su primer siglo de existencia, pronunció un discurso memorable. Primero, porque no acudía a la retórica aprendida en quien desea congraciarse con el príncipe en turno. Segundo, porque en breves páginas demostró que la historia de la Biblioteca Nacional es la historia del México moderno, al menos del México que en el pensamiento constructivo cimenta sus razones más poderosas para ser. Hoy, en el bicentenario del natalicio de Benito Juárez, fundador de la Biblioteca Nacional, y ante los ataques que la institución ha sufrido más por ignorancia que por mala fe, adquieren nueva vigencia sus palabras:

La República Mexicana salvada hace cien años por el esfuerzo nacional que la hizo triunfar, espera de nosotros acción semejante. Si hace una centuria, al triunfar la República, la nacionalidad pudo consolidarse, sentemos hoy las bases para que el pueblo mexicano goce los beneficios de la cultura que promueven su transformación total y que a él lleguen a través de nuestras bibliotecas.

Dos son las principales categorías de alumnos que tiene don Ernesto: los que él ha formado en el aula y aquellos que se han convertido en su familia alterna a través de viajes y conversaciones, operaciones del espíritu que sólo puede llevar a cabo quien encuentra la felicidad no sólo en pensar sino en enseñar a pensar, como

señalaba Eduardo Nicol. Álvaro Matute evoca sus “asesorías de pasillo”, esas lecciones que sólo es capaz de proporcionar el auténtico maestro, que en el breve trayecto desde la puerta del salón de clases hasta su siguiente destino inmediato, traza directrices, genera inquietudes, provoca desafíos. Arturo Gómez se refiere a la atención personalizada que don Ernesto tiene con sus alumnos, y en alguna ocasión tuvo oportunidad de comprobar esa cohesión cuando el maestro me hizo entrega de un grupo de hojas sujetas por uno de esos legendarios y heroicos broches marca *Baco* que, herrumbroso y digno, parecía provenir del mismísimo *Titanic*. Antes de que me dijera algo más, reconocí el grosor y la marca del papel National Ledger, así como la inconfundible mecanografía, pulcra y pareja, de su alumno Martín Quirarte. A lo largo de los años, don Ernesto había conservado el trabajo y me lo entregaba con la misma generosidad y cuidado con que hace unos días cedió a nuestro Instituto su archivo personal que registra los trabajos y los días de su gestión.

No me hubieras buscado si antes no me hubieras encontrado, dice la sabiduría del clásico. En los trabajos publicados en el libro que nos ocupa, Germán Viveros y Víctor Sandoval se refieren al fervor y por tanto a la identificación que nuestro homenajeadado encuentra con Juan José de Eguiara y Eguren y fray Pedro de Gante. Ambos hombres de acción y de pensamiento, son arquetipos que contribuyeron a forjar el alma del investiga-





dor íntegro y del humanista nato que don Ernesto se afanó en ser desde sus primeros años y sus primeras investigaciones. Discípulo de Fernand Bradudel, intuyó desde muy joven que no valía la pena escribir una línea o ensayar una investigación que no atreviera la larga duración. Uno de los motivos por los cuales su alumno Martín Quirarte lo quiso y lo respetó fue por la doble bondad de su pluma. Con frecuencia, en sus escritos don Ernesto utiliza el adjetivo *macizo*, y en pocos estilos como el suyo se nota la admirable solidez conceptual, la búsqueda de la claridad, la generación de caminos que traza con su pensamiento convertido en palabra y, consecuentemente, en acción. Por regla general, nuestra exuberancia criolla es desmesurada en sus alcances. Intenta grandes edificios y al final se queda con una humilde aunque sólida y habitable choza. Lo opuesto ocurre con don Ernesto. Como señala Álvaro Matute, *Lecturas históricas mexicanas* no es sólo una imprescindible herramienta de consulta sino una obra clásica de la historiografía mexicana donde, con inaudita paciencia y generosidad, que no excluyen el rigor, don Ernesto

da a conocer las diversas voces que en diferentes épocas han dado testimonio del tiempo mexicano. En su breve e intensa autobiografía contenida en este libro, don Ernesto dice que se siente satisfecho de vivir “nada envidioso ni envidiado”. Lo que en otro sería un principio de soberbia, hermana de la falsa modestia, en él es una verdad absoluta. Creo que sinceramente, ninguno de quienes lo queremos lo envidiamos porque su gran lección ha sido conducirnos, en sus páginas y en su vida, al equilibrio. Por eso Gloria Villegas advierte en don Ernesto “el armonioso engarce entre el rescate documental y la reflexión histórica”.

Lo admirable es que nuestro homenajeado no se haya dormido en sus laureles y continúe investigando, pensando y escribiendo con la versatilidad de su años mozos. Su cuidadosa biobibliografía, preparada por Amaya Garritz, da cuenta de las múltiples direcciones de su trabajo. Para sólo mencionar algunos de sus últimos trabajos que demuestran lo anterior, pienso en sus nuevas reflexiones sobre Miguel Hidalgo, en su monumental *Arte de ilustrar en México*, en el prólogo a las *Obras históricas* de José Fernando Ramírez en la Nueva Biblioteca Mexicana, que en sus más de cien páginas constituye un verdadero libro sobre uno de nuestros más notables historiadores. Finalmente, y porque toca directamente a nuestro Instituto, es digno de mencionarse el impecable y preciso prólogo que hizo al *Catálogo de la Colección Lafragua de la Benemérita Universidad de Puebla*, obra de Luis Olivera López y Rocío Meza, actualmente en prensa.

Ha querido la fortuna que nuestro investigador Emérito recibiera por nombre Ernesto y que haya sabido llevarlo con la dignidad exigida por Oscar Wilde. Como se sabe, en su obra de teatro ya clásica *The Importance of Being Earnest*, el irlandés juega con las palabras *Ernest* y *earnest*, que suenan igual en inglés pero que significan, respectivamente, *Ernesto* y *honesto*. En ambos casos, nuestro maestro conoce y practica la importancia de llamarse Ernesto y la de ser intachable en cada uno de los actos de su vida. Por todo lo anterior, no es arriesgado afirmar que todos quienes conocemos y amamos a don Ernesto de la Torre Villar, podemos hacer nuestra la frase de un joven clásico, que al homenajear a su maestro, mayor en edad, declara: “Yo, de joven, quisiera ser como es”. U

La escritura de Ernesto de la Torre es la de un hombre feliz, lo cual no significa que no se haya visto enfrentado a las tinieblas y caídas que corresponden a un varón de su linaje.